

Leer y dar a leer¹

Read and Give to Read
Ler e dar a ler

TERESA CALÇADA

Plano Nacional de Leitura (PNL2027)

Portugal

teresacalcada@gmail.com

(Recibido: 10-06-2022;
aceptado: 17-06-2022)



Teresa Calçada se graduó en Filosofía, fue docente, técnico superior y, más tarde, Vicepresidenta del entonces designado Instituto de la Biblioteca Nacional y del Libro. Más tarde, asumió el cargo de Coordinadora de la Oficina de la Red de Bibliotecas Escolares y es el rostro del Plan Nacional de Lectura en estos últimos 5 años de su existencia. Su nombre está indeleblemente asociado a la definición de las bases de la política nacional de lectura pública, que derivó a la creación de la Red de Bibliotecas Públicas, y al desarrollo de la Red de Bibliotecas Escolares. Hoy se presenta aquí como lectora, bajo la forma de una entrevista ficticia que es también el testimonio, en primera persona, de su amor por las palabras y de la vida que estas permiten contar.

¹ Para citar este artículo: Calçada, Teresa (2022). Leer y dar a leer. *Álabe* 26. DOI: 10.25115/álabe26.8498

¿Qué es para usted leer? ¿Qué es para usted ser lector? ¿Qué significado tiene para usted la lectura?

TC – Para mí, leer es una forma de estar en la vida, es una relación que empezó desde que era niña y que se ha prolongado para toda la vida. Los libros y la lectura me han hecho lo que soy. Yo siempre realizo mis referencias porque he leído, porque he oído leer, porque he oído hablar de libros. Es como si no pudiera distinguir en mi vida ningún periodo que no pudiera estar asociado a los libros, a la lectura, a las palabras. Las palabras son, para mí, la materia prima por excelencia. Creo que si me preguntara, el “objeto” que más me gusta son las palabras, mi relación más afectiva es con las palabras, con las palabras escritas quizás mucho más. Si tengo que pensar en mí, es siempre en asociación con las palabras, con la forma de escogerlas, como el modo en el que ellas me tocan, y provocan mis emociones. En mi imaginario y en mi manera de verme en un espejo, también imaginario, lo hago siempre con palabras, con palabras escritas, con libros. Creo que es constituyente.

¿Y cuáles son sus primeros recuerdos de contacto con el libro y con la lectura?

TC – Recuerdo dos cosas en mi vida que, por cierto, me las he dicho repetidas veces. Pienso que no son completamente reconstruidas, aunque reconstruyamos nuestra memoria. Ni siquiera sé como situarlas en la historia, pero supongo que tienen esta cronología.

2

Cuando era pequeña, tenía un familiar de mis padres, tío, primo, abuelo..., él estaba considerado como abuelo. Era una persona mayor, muy gentil en el trato, y que había vivido en Brasil durante varios años. Por esto, también tenía una dulzura al hablar que era cautivadora. Y fue esa persona quien me inició en las palabras y en los libros a través de las historias que me contaba. No me acuerdo de mis padres leyéndoles libros a sus hijos, no tengo ese recuerdo. Él fue quien cumplió ese papel como narrador, como contador, como persona que leía para mí y me involucraba con y en las historias. Me acuerdo bien de un libro que aún conservo, que en su momento debió ser una novedad: Era un libro recortado – La historia de los tres ositos –, y para mí representaba la primera comprensión emocional de que aquello era muy bueno, era muy bueno oír aquellas historias, era realmente muy bueno que alguien nos envolviera con las palabras, ahí está, y esa es la primera imagen que tengo de mí misma relacionándome con quien me enseñó ese fantástico valor.

Luego recuerdo mi padre llegando a casa por la tarde con el periódico vespertino. Él se sentaba y leía las noticias, yo lo veía y me acuerdo que deseaba ser capaz de leer, no sé si por la atracción por la lectura, si por la atracción por mi padre, si todo junto, sé que era un momento muy importante para mí. Sé que deseaba saber leer, aprendí a leer a temprana edad, antes de ir a la escuela primaria y pienso que eso ocurrió por la curiosidad que tenía por descubrir lo que decían las narrativas que tanto le interesaban a mi padre. El periódico fue una especie de primer vínculo con las palabras escritas.

Luego, cuando estaba en el cuarto año, que era un momento decisivo en nuestras vidas, mi padre me regaló un reloj, que era común en nuestra generación, pero también me regaló un diccionario, y eso, nunca me he olvidado, representó la relación con el aprendizaje, un crecimiento, y también el testimonio del valor que mi padre le daba para que triunfáramos en la vida, para “ser alguien”, como se decía en su momento. Ese diccionario, que aún lo conservo conmigo en una estantería de mi casa, se constituyó como esa expresión simbólica del mensaje de la importancia de leer para no ser ignorante, la representación de que es bueno saber, que ese es el camino.

Y después de eso, en su adolescencia y juventud, ¿cómo se produjo esa evolución que le hizo seguir prosperando como lectora?

Esta idea continuó presente. Fui al instituto que, en mi caso, representó cierta movilidad social. Claro que ya soy hija de la reforma del llamado marcelismo portugués, de cierta apertura al mundo de los estudios superiores, de la universidad, no solo de las élites sociales, que mi familia incentivó como condición para esa deseada movilidad social. Recuerdo que frecuentaba la biblioteca del Instituto Filipa de Lencastre, que verdaderamente no me gustaba porque era todo femenino, estereotipado, solo mujeres. Desde el punto de vista ideológico, estaba marcado por una idea de mujer, un papel social y cultural de la mujer que no era lo que yo quería para mí desde niña. Nunca estuve cerca de las instituciones de Estado Novo, de esa manera de estar y pensar. Yo rechazaba la opresión, rechazaba la normalización, la censura de los pensamientos y de las costumbres. ¡No fui nada feliz en ese instituto!

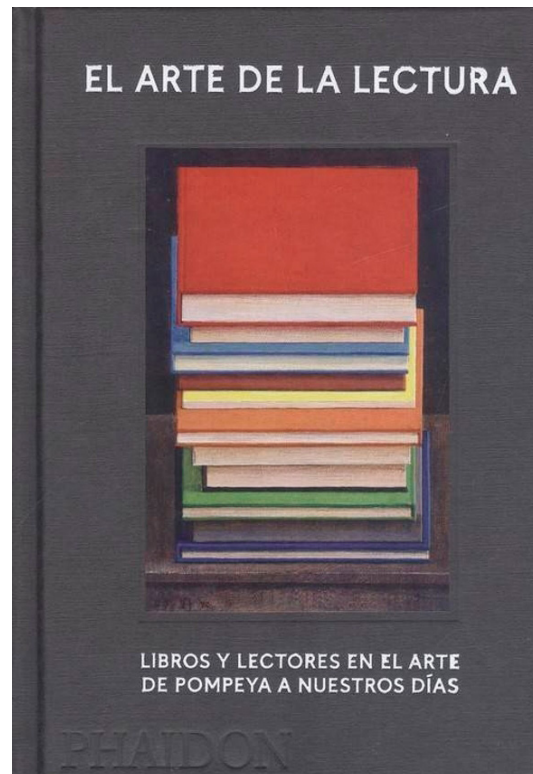
Sin embargo, siempre frecuentaba la biblioteca donde había una profesora terriblemente autoritaria y represiva que nos enseñaba lo que nosotros no aprendíamos y nuestras familias no podían enseñarnos. Como necesitaba aprender y podía hacerlo solo o en la escuela, a pesar de esa reserva, esa mujer era importante para mí, para lograr el “éxito”. Entonces la biblioteca, que era una biblioteca ultra tradicional pero poseía algunos buenos libros, fue muy importante en mi formación. Y pronto me interesé por cierto tipo de escritura, me gustaba escribir textos, “redacciones”, aunque fuera objeto de una gran censura porque yo nunca abordaba los temas políticamente recomendables o que representaban lo que las mujeres debían ser: buenas chicas, buenas amas de casa, buenas católicas, modestas, humildes..., y eso siempre me levantaba sospecha y, a la vez, la certeza de que yo no quería ser una de ellas. Esa certeza me obligaba, naturalmente, a desear encontrar libros que fueran diferentes, que hablaran de otros temas y me enseñaran a pensar de forma diferente y a descubrirme a mí misma. Entonces, en el quinto año del instituto, fui “invitada” a salir de esa escuela por mala conducta y entré en un colegio, que fue de gran ayuda para mí. Representaba otras personas, otras miradas más liberales, y otras amistades que me enseñaron que había otras maneras de ver el mundo, que yo, por supuesto, siempre estaba siguiendo, con nuevas preguntas y otras respuestas.

Temprano, antes de estudiar Filosofía, tuve mi primer novio. Él ya era un universitario, politizado y letrado, y entonces vinieron las lecturas generacionales y un poderoso sentimiento que atravesaba algunos de nosotros: no admitíamos para nosotras la falta de conocimiento, literalmente, desconocer todo lo que nos hablaba del mundo tan diverso, tan plural, escondido y desconocido para quien vivía en un país sombrío. Por eso, si un colega o un amigo hablaba de literatura, de política, de ideas, de música, de movimientos artísticos que no conocíamos, teníamos que buscar y saber algo, porque eso era una fragilidad y una disminución de todos y, especialmente, de la condición de la mujer que yo tenía para mí, que quería ser.

Así que, siempre fui leyendo, leyendo mucho, en especial lo que no se encontraba tan fácilmente. Leíamos todo lo que podíamos.

En mi imaginario, estudiar Filosofía, dada mi tremenda curiosidad, era buscar respuestas para mis preguntas personales y, también, para las sociales, y entonces, por supuesto, disfrutar de un ambiente de lecturas más reflexivas, con otra profundidad. La carrera era bastante mala. Pero había dos o tres profesores y colegas más avanzados que nos abrían los ojos, indicaban lecturas y el modo de obtenerlas, librerías que enseñaban y dejaban pagar a plazos, y, por supuesto, la propia biblioteca, aunque nuestra formación era de lo más conservadora y clásica.

Cuando terminé la carrera tuve un sentimiento curioso, que nunca olvidé. No me gustaba la mayor parte de lo que me enseñaban y me daban para estudiar, hacía parte de los que protestaban porque no leíamos autores modernos y contemporáneos, era de los que se imponía en las clases, participaba en manifestaciones y me identificaba con varios de los movimientos de los finales de los 60, pero, a pesar de eso, salí de la facultad convicta de una fuerte idea: tengo para pensar, sé hacer hermenéutica de los textos, sé estudiar por mí y para mí misma, sé leer más allá de la lectura inmediata, tengo meta lenguaje y eso va, paradójicamente, a servirme para encontrar lo que no me enseñaron y lo voy a buscar. Sabía que poseía instrumentos que me iban a permitir hacerlo y eso es un buen recuerdo de mi tiempo de estudiante, al que siempre añadía aprendizajes formales y no formales, porque había mucha gente interesante en otras facultades y todas podían ser inspiración, ya sea que proviniese de las Ciencias o de las Artes.



Y en términos ahora prácticos y aplicados, ¿cómo se reflejó ese crecimiento en el siguiente periodo, que ya es un tiempo de vida activa, profesional, laboral, en la cultura y en la educación? ¿Cómo se reflejaron hasta ahora sus experiencias en su acción posterior?

Por simple casualidad, como sucede muchas veces en la vida. Seguí un camino que me llevó a principios de los años 70 de Lisboa a Leiria, una ciudad mediana del centro del país. Allí fui profesora y comencé mi vida profesional, no tenía ni 20 años todavía.

En mi horario laboral me atribuyeron dos horas para gestionar la biblioteca y fue esa sencilla labor la que me despertó el interés y la dedicación por lo que viene siendo mi larga y continuada práctica profesional y, también, personal: leer y dar a leer.

Así que, comencé a ver lo que podía hacer en la biblioteca, tratando de tener en la estanterías libros que pudieran interesar a los alumnos, principalmente a mis alumnos de filosofía, a quienes recomendaba la lectura integral, acordada entre nosotros, de un libro: el Discurso del Método, de Descartes, la Apología de Sócrates, de Platón, Bertrand Russell, y otros que se iban añadiendo. Entonces, organicé un sistema en la escuela según el cual vendíamos papel viejo para poder comprar libros nuevos: Esto se hacía por acuerdo con una librería de Leiria, cuyo dueño era de la oposición política y nos conseguía libros menos políticamente correctos y más atractivos para los niños.

Y de ahí nació mi interés por las bibliotecas, afirmando su papel democratizador y formador para los alumnos, con quienes compartí la que fue mi mejor experiencia de vida.

Después del 25 de abril, estuve en la dirección de la escuela y la biblioteca siempre se mantuvo como un lugar por donde pasaron muchos alumnos y profesores y en núcleo polarizador con acciones de lectura, canto, música, etc., que siempre seguían movilizándolo mis intereses y determinando una cierta actitud y modo de hacer frente a mis próximos desafíos.

¿Quiere nombrarlos? ¿Cuáles fueron esos desafíos?

Esa es la parte visible de mi vida a lo largo de las últimas décadas. Regresé a Lisboa casi 10 años después e ingresé en el Instituto del Libro, que tenía como función la divulgación del libro y de la lectura, teniendo entonces iniciado un itinerario público conocido en las bibliotecas públicas, en las bibliotecas escolares y, después, en el Plan Nacional de Lectura, hasta hoy.

Por tanto, me dedico a esta área desde hace mucho tiempo. Me gusta estudiar toda la literatura que se produce sobre alfabetización, trato de conocer sus prácticas sociales y culturales, intento comprender los cambios causados por las diferentes formas de lectura, actuando personal y institucionalmente para que en mi país haya una mejor y más eficaz política pública de lectura. Así sucedió con la creación y el desarrollo de la red de

Bibliotecas Públicas, a partir de 1986, de la red de Bibliotecas Escolares, a partir de 1996, y del Plan Nacional de Lectura, a partir de 2006.

En el mundo contemporáneo y en la economía del conocimiento, de la digitalización y de la conectividad global en la que vivimos, pero, también, como sabemos, un mundo de enormes desigualdades y riesgos de exclusión, tenemos que ser lectores aún más competentes, reflexivos y críticos. La tarea de “dar a leer” es, por tanto, crucial, porque la lectura está para todo. Por eso, es como un imperativo ético y político que, desde hace casi 40 años, concibo esta misión de desarrollar políticas públicas que den a todos el acceso y el derecho a leer, a leer más y a leer mejor.

Y hoy, con esta trayectoria, por un lado, pero también con las grandes transformaciones que todos estamos viviendo, por otro, ¿cómo es que se ve a sí misma como lectora? ¿Qué más le apasiona hoy en los libros?

Yo nunca dejé de leer ensayo y ficción. Aprendo mucho con la ficción. Nunca fui ni soy una lectora muy rápida, soy relativamente lenta y contemplativa. Cuando me gusta un autor, me gusta leer sus libros, leo varios según me interese o vayan apareciendo en portugués. Leo libros en francés y en español, pero mucha literatura que me gusta, leo traducciones que busco, siempre las mejores.

Sigo leyendo filosofía todavía, me sigue interesando, aunque no me dedique a la filosofía pura, en el sentido analítico, sino a la que se asocia a la filosofía social, los problemas sociológicos, las prácticas, las costumbres, los modos de pensar, las formas como socialmente estamos organizados, o desorganizados, y lo que eso implica para nuestra libertad, en nuestra forma de ser, en nuestra manera de vivir.

Nunca mezclo dos libros de ficción porque creo que barajo los personajes, pero un libro de ensayo y un libro de ficción, siempre lo leo al mismo tiempo.

Me gusta muchísimo leer cuentos, esa concentración del cuento es un desafío intelectual y estético que me gusta hacer. De hecho, estoy ahora leyendo con mucho gusto el último libro de cuentos de Luisa Costa Gomes: *Alejarse*.

Actualmente soy menos lectora de autores franceses y europeos y más de autores de otros continentes. Tengo una pasión bastante especial por Pamuk porque no me gustan las narrativas en las que la historia es compleja. Me gusta la descripción, me gusta el ritmo lento, como me gusta el juego con las palabras. Es por eso que también tengo mucho aprecio y gratitud por los traductores. Como dependo de ellos, es un tema que me toca mucho.

Todavía no he entrado en el periodo de releer libros, confieso que todavía no tengo esas ganas, es decir, quizá con pequeñas excepciones provocadas por alguna efeméride, pero aún no tengo esas ganas de volver a leer los libros que ya leí, con excepción quizás de la poesía, en la que vuelvo bastante a mis elegidos. Leí mucha poesía, y todavía leo. Hubo un periodo en que no leía y un día, creo que por encontrar en una librería al-

guna cosa que me atrajo y que la desconocía, me censuré y ahora, desde hace unos años, he retomado la lectura de la poesía. He vuelto a leer algunos autores que me gustaban y cuando me di cuenta que había abandonado esa práctica, me obligué a leer y reanudé el gusto interrumpido. Cuando, por ejemplo, salieron en portugués diferentes traducciones de la poetisa Louise Glück, premio Nobel de la Literatura, las leí con mucha alegría. Con la poesía, es como si viera en ella la anticipación de los tiempos, a veces hasta más de lo que en los ensayos. Como si allí hubiera un lado artístico que yo también siento con la pintura y que parece que no es solo racional, sino ético, además de estético. A veces hasta hago el ejercicio de leerla en voz alta y tengo la sensación de que me enseña el futuro, o mejor, me interroga sobre ese futuro.

¿Y cómo usted ve ese futuro?

No soy muy optimista en cuanto al futuro del hombre. No es el futuro de la tierra el que me preocupa. Esa continuará. Los hombres mueren, vendrán otros animales, eso no constituye una obsesión para mí. Ya el modo como vivimos no es para mí luminoso. Creo que la velocidad alienante, la usura, el consumo por el consumo, la ausencia de capacidad de contemplación, la forma licuada en que tratamos el conocimiento, el tiempo lento sumergido en la voracidad del tiempo, no creo que sea bueno para los hombres. Es una pérdida y no una ganancia, un momento de la historia en que hay un retroceso y no un progreso, y esa es una pérdida que no me gusta.

¡Temo que con la lectura suceda el mismo abandono y pérdida! La lectura, realmente,

es esfuerzo, exige un tiempo lento, no es un puro entretenimiento, es concentración, es mayor reflexión y profundidad, y esta ligereza de los tiempos no aguanta mucha lectura. La ausencia de esta práctica puede traer menos libertad, nuevos registros de opresión, en nombre de una masificación y de una falsa democratización.

De hecho, no soy muy optimista. Procuero en mi vida pública, por lo menos, no sé si también en la privada, actuar y resistir para que no sea del todo así. Y para que no resten dudas, ahora que se cierra este ciclo en el Plan Nacional de Lectura, ya estoy trabajando en una asociación de amigos del libro y de la lectura, la ALLA, donde espero seguir interviniendo para elevar los niveles y las prácticas de lectura en Portugal.

